

ARTHUR CONAN DOYLE

LAS MEMORIAS DE

# SHERLOCK HOLMES



booket

# **Arthur Conan Doyle**

## Las memorias de Sherlock Holmes

Traducción de María Jesús Sevillano



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Memoirs of Sherlock Holmes*

© por la traducción, María Jesús Sevillano Ureta  
Traducción cedida por EDIMAT LIBROS S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Birgit Palma

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 17.993-2023

ISBN: 978-84-08-27944-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

## Estrella de plata

—Watson, me temo que tendré que ir —dijo Holmes mientras nos sentábamos a desayunar una mañana.

—¡Ir! ¿Adónde?

—A Dartmoor, a King's Pyland.

No me sorprendió. En realidad, lo único que me extrañaba era que no se hubiera mezclado ya en este extraordinario caso, que era el único tema de conversación a lo largo y ancho de Inglaterra. Mi compañero se había pasado un día entero vagando por la habitación, con la barbilla sobre el pecho y el ceño fruncido, cargando una y otra vez su pipa con el tabaco negro más fuerte y absolutamente sordo a todas mis preguntas y comentarios. Nuestro vendedor de prensa nos había ido enviando las ediciones más recientes de todos los periódicos, únicamente para echarles una ojeada y tirarlos a un rincón. Sin embargo, a pesar de su silencio, yo sabía perfectamente cuál era el tema de sus cavilaciones. Solo había un asunto público que pudiera de-

safiar a su capacidad de análisis, y era el de la singular desaparición del caballo favorito de la Copa Wessex y el trágico asesinato de su entrenador. Por eso, cuando anunció de repente que iba a salir hacia el escenario del drama, solo respondió a lo que yo suponía y esperaba.

—Me encantaría ir con usted si no molesto —dije.

—Mi querido Watson, me haría usted un gran favor viniendo conmigo. Y creo que no perderá el tiempo porque hay detalles en este caso que prometen convertirlo en algo único. Creo que tenemos el tiempo justo para coger nuestro tren en Paddington; le contaré más detalles sobre el asunto durante nuestro viaje. Me haría usted un favor si lleva sus magníficos prismáticos.

Y así sucedió que, una hora más tarde, me encontraba en el rincón de un vagón de primera clase, rumbo a Exeter a toda velocidad, mientras Sherlock Holmes, con su rostro alargado y ansioso enmarcado en su gorra de viaje con orejeras, se sumergía rápidamente en el montón de periódicos recientes que se había procurado en Paddington. Habíamos dejado atrás Reading cuando tiró el último de todos debajo del asiento y me ofreció su petaca.

—Llevamos buena marcha —dijo mirando por la ventanilla y echando un vistazo a su reloj—. En este momento vamos a una velocidad de cincuenta y tres millas y media por hora.

—No me he fijado en los postes que marcan los cuartos de milla —le contesté.

—Yo tampoco. Pero los postes de telégrafo en esta línea distan sesenta yardas uno de otro y el cálculo es sencillo. ¿Supongo que ya habrá leído algo sobre este

asunto del asesinato de John Straker y de la desaparición de Estrella de Plata?

—He visto lo que dicen el *Telegraph* y el *Chronicle*.

—Es uno de esos casos en los que el razonador debería emplearse más en examinar a fondo los detalles que en adquirir nuevas pruebas. La tragedia está tan fuera de lo normal, es tan completa e importante para tantas personas, que estamos sufriendo un exceso de suposiciones, conjeturas e hipótesis. Lo difícil aquí es separar la estructura de los hechos (los hechos absolutos e indiscutibles) de los adornos de teóricos y reporteros. Luego, cuando nos hayamos establecido en esta sólida base, es nuestro deber ver qué deducciones se pueden obtener y cuáles son los detalles especiales que constituyen el misterio. El martes por la tarde recibí un telegrama del coronel Ross, propietario del caballo, y otro del inspector Gregory, que está investigando el caso. En ambos se pedía mi colaboración.

—¡Martes por la tarde! —exclamé—. Y es jueves por la mañana. ¿Por qué no fue usted ayer?

—Porque cometí un error, mi querido Watson..., y me temo que esto me ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que creen los que solo me conocen por las memorias que usted ha escrito. La verdad es que no podía creer que el caballo más excepcional de Inglaterra pudiera permanecer oculto mucho tiempo, especialmente en un lugar escasamente poblado como es el norte de Dartmoor. Hora tras hora estuve esperando ayer la noticia de que lo habían encontrado y que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, al amanecer otro día y descubrir que, más allá de la detención del joven Fitzroy Simpson, no se había hecho nada más, he pensado que era hora de ponerse en ac-

ción. No obstante, en ciertos aspectos, tengo la sensación de que no desperdicié el día de ayer.

—¿Entonces ya tiene una teoría?

—Al menos tengo un puñado de hechos fundamentales del caso. Voy a enumerárselos, porque nada aclara tanto un caso como exponerlo a otra persona, y no puedo esperar su colaboración si no le muestro antes de qué punto partimos.

Me recliné sobre el asiento acojinado dando caladas a mi cigarro mientras Holmes, inclinado hacia delante y con su largo y delgado dedo índice marcando los detalles sobre la palma de su mano izquierda, esbozaba los sucesos que habían motivado nuestro viaje.

—Estrella de Plata —me dijo— es de la cuadra de Somomy, y tiene un historial tan brillante como su famoso antepasado. Tiene cinco años y ha ido consiguiendo todos los premios de carreras de caballos para el coronel Ross, su afortunado propietario. Hasta el momento de la catástrofe era el favorito de la Copa Wessex, y las apuestas estaban tres a uno a favor suyo. Sin embargo, siempre ha sido el favorito de los aficionados a las carreras y nunca los ha defraudado, así que siempre se han apostado enormes sumas de dinero por él. Resulta evidente, por tanto, que hay muchas personas muy interesadas en evitar que Estrella de Plata esté presente cuando se dé la señal de salida el próximo martes.

»Por supuesto en King's Pyland, donde se encuentran las cuadras de entrenamiento del coronel, se daban cuenta de este hecho. Se tomaron todas las precauciones para proteger al favorito. El entrenador, John Straker, es un jinete retirado que llevó los colores del coronel Ross hasta que cogió demasiado peso. Ha servido al co-

ronel durante cinco años como jinete y durante siete como entrenador, y siempre ha resultado ser un empleado dedicado y honesto. Tenía a sus órdenes tres mozos porque se trata de una cuadra pequeña y solo hay cuatro caballos en total. Uno de estos mozos hace guardia cada noche en la cuadra mientras los demás duermen en el altillo. Los tres son personas excelentes. John Straker, que estaba casado, vivía en una pequeña casa situada a unas doscientas yardas de las cuadras. No tenía hijos, pero sí una criada, y vivía desahogadamente. Los terrenos de alrededor son muy solitarios, pero a media milla al norte hay un pequeño grupo de casas que fueron construidas por un contratista de Tavistock para alojar a inválidos y otras personas que desearan disfrutar del aire puro de Dartmoor. Tavistock se halla situado a unas dos millas hacia el oeste; mientras que al otro lado del páramo, a unas dos millas de distancia, se encuentra la cuadra de entrenamiento más grande de Mapleton, que pertenece a lord Backwater y dirige Silas Brown. En cualquier otra dirección, el páramo se encuentra en estado salvaje completamente, habitado únicamente por unos cuantos gitanos errantes. Esa era la situación general el lunes pasado por la noche cuando ocurrió la desgracia.

»Esa tarde, los caballos hicieron ejercicio y abrevaron como de costumbre y las cuadras se cerraron con llave a las nueve. Dos de los mozos se fueron andando a la casa del entrenador, donde cenaron en la cocina, mientras que el tercero, llamado Ned Hunter, se quedaba de guardia. Unos minutos después de las nueve, la criada, Edith Baxter, le llevó a la cuadra su cena, que consistía en un plato de cordero al curry. No llevaba bebida porque había agua corriente en los establos y las



normas dictaban que ningún hombre de guardia podía beber otra cosa. La criada se alumbró con una linterna, ya que la noche era muy oscura y el sendero atravesaba el páramo.

»Edith Baxter estaba a menos de treinta yardas de las cuadras cuando un hombre surgió de la oscuridad y le pidió que se detuviese. Cuando el hombre entró en el círculo de luz amarillo que alumbraba su linterna, vio que se trataba de una persona de aspecto distinguido, vestida con un traje de *tweed* gris y una gorra de paño. Llevaba polainas y un grueso bastón con empuñadura de bola. Sin embargo, lo que más le impresionó fue su extrema palidez y su estado nervioso. Su edad, pensó, debía estar por encima de los treinta, más que por debajo.

»—¿Puede usted decirme dónde me encuentro? —preguntó—. Ya casi había decidido dormir en el páramo cuando he visto la luz de su linterna.

»—Se encuentra cerca de las cuadras de entrenamiento de King's Pyland —dijo ella.

»—¡Oh! ¿De verdad? ¡Qué golpe de suerte! —exclamó—. Tengo entendido que un mozo de establo duerme ahí solo cada noche. Tal vez esa sea su cena y usted se la lleva. Estoy seguro de que su orgullo no le impedirá ganarse el precio de un vestido nuevo, ¿verdad? —Sacó un trozo de papel blanco doblado del bolsillo de su chaleco—. Procure que el chico reciba esto esta noche y usted tendrá el vestido más bonito que el dinero pueda comprar.

»Ella estaba asustada por la ansiedad con la que se comportaba el hombre y se alejó de él corriendo hasta que llegó a la ventana por la que solía pasar las comidas. Ya estaba abierta y Hunter estaba sentado a una

mesa pequeña en el interior. Ella había empezado a contarle lo que había sucedido, cuando el extraño apareció de nuevo.

»—Buenas noches —dijo, asomándose por la ventana—. Quiero tener unas palabras con usted.

»La chica ha jurado que mientras él hablaba, vio la esquina de un paquetito de papel que asomaba de su mano cerrada.

»—¿Qué le trae por aquí? —preguntó el mozo.

»—Un negocio que puede dejarle algo en el bolsillo —dijo el otro—. Tiene aquí dos caballos para la Wesssex Cup, Estrella de Plata y Bayard. Deme el pronóstico y no saldrá perdiendo. ¿Es verdad que, en igualdad de peso, Bayard podría darle al otro cien yardas de ventaja en cinco estadios y que la cuadra ha apostado por él?

»—¿Así que es usted uno de esos malditos informadores? —gritó el mozo—. Le enseñaré cómo los atendemos en King's Pyland.

»Se levantó de un salto y cruzó corriendo la cuadra para soltar al perro. La chica huyó hacia la casa, pero mientras corría se volvió a mirar y vio al extraño asomándose a la ventana. No obstante, unos minutos más tarde, cuando Hunter salió corriendo con el perro, el forastero se había ido y, aunque recorrió todos los edificios, no consiguió encontrar ni rastro de él.

—Un momento —dije—. ¿Dejó el mozo la puerta sin cerrar con llave cuando salió corriendo con el perro?

—¡Excelente, Watson, excelente! —murmuró mi compañero—. La importancia de ese detalle me sorprendió tanto que ayer envié un telegrama a Dartmoor para aclarar el asunto. El chico cerró la puerta con llave

antes de marcharse. La ventana, podría añadir, no era lo suficientemente grande como para que un hombre pudiera pasar por ella.

»Hunter esperó hasta que volvieron sus compañeros y entonces envió un mensaje al entrenador para informarle de lo que había ocurrido. Straker se sobresaltó al escuchar lo ocurrido, aunque, al parecer, no se dio cuenta de su verdadero significado. No obstante, le dejó algo intranquilo y la señora Straker, que se despertó a la una de la madrugada, vio que se estaba vistiendo. En respuesta a sus preguntas, él dijo que no podía dormir a causa de su preocupación por los caballos y que pretendía ir andando a las cuadras para ver si todo estaba en orden. Ella le rogó que se quedara en casa, ya que estaba oyendo la lluvia repiquetear en la ventana, pero, a pesar de sus súplicas, él se puso su impermeable grande y salió de casa.

»La señora Straker se despertó a las siete de la mañana y se dio cuenta de que su marido no había regresado aún. Se vistió rápidamente, llamó a la criada y se puso en camino hacia las cuadras. La puerta estaba abierta; en el interior, acurrucado sobre una silla, se encontraba Hunter en un estado de absoluto sopor, el compartimento del favorito estaba vacío y no había señal alguna del entrenador.

»Los dos mozos que dormían en el altillo de paja que había encima del cuarto de los arreos se levantaron rápidamente. No habían oído nada durante la noche porque los dos tenían un sueño profundo. Obviamente, Hunter se encontraba bajo la influencia de alguna droga fuerte y, como no se consiguió que dijera nada con sentido, le dejaron dormir hasta que se pasaran los efectos mientras los dos mozos y las dos mujeres co-

rrían en busca de los desaparecidos. Todavía tenían la esperanza de que, por alguna razón, el entrenador hubiera sacado al caballo para hacer ejercicio, pero, al ascender a una loma cercana a la casa, desde la que resultaban visibles los páramos vecinos, no solo no vieron ninguna señal del caballo favorito perdido, sino que percibieron algo que los advertía de la presencia de una tragedia.

»A un cuarto de milla de las cuadras, el impermeable de John Straker ondeaba colgado de una mata de aliagas. Un poco más allá, el páramo formaba una depresión en forma de cuenco, y en él se encontraba el cadáver del desafortunado entrenador. Le habían destrozado la cabeza con un golpe salvaje de algún arma pesada y estaba herido en el muslo, donde había un corte largo y limpio infligido con algún instrumento muy afilado. No obstante, estaba claro que Straker se había defendido vigorosamente contra sus asaltantes, porque en su mano derecha sujetaba un pequeño cuchillo, manchado de sangre hasta la empuñadura, mientras que en la izquierda agarraba un fular de seda rojo y negro, que la criada reconoció por habérselo visto puesto la noche anterior al desconocido que había visitado las cuadras. Hunter, al recuperarse de su sopor, también estaba seguro de quién era el dueño del fular. Igualmente estaba seguro de que ese mismo desconocido había echado alguna droga en el cordero desde la ventana y, de ese modo, privó a las cuadras de su vigilancia. Respecto al caballo perdido, había abundantes pruebas en el barro del fondo de la mortal hondonada que demostraban que había estado allí durante la pelea. Pero desde la mañana de la desaparición, y aunque se había ofrecido una gran recompensa y todos los gitanos

de Dartmoor estaban alerta, ninguna noticia se tenía de él. Finalmente, el análisis ha demostrado que los restos de la cena del mozo de cuadra contenían una considerable cantidad de opio en polvo, mientras que las personas de la casa que comieron lo mismo aquella noche no sufrieron ninguno de los efectos.

»Estos son los hechos principales del caso, desprovistos de conjeturas y expuestos de la peor manera posible. Ahora recapitulemos sobre lo que la policía ha estado haciendo en este asunto.

»El inspector Gregory, a quien se ha asignado el caso, es un funcionario muy competente. Si estuviera dotado de imaginación, podría ascender a lo más alto de su profesión. A su llegada encontró y detuvo inmediatamente al hombre sobre el que, naturalmente, recaían las sospechas. No fue difícil encontrarle porque habita en una de esas casas que he mencionado. Al parecer, se llama Fitzroy Simpson. Es hombre de excelente familia y educación, que ha despilfarrado su fortuna en apuestas de caballos y que ahora es un pequeño corredor de apuestas, discreto y respetable, que se gana la vida en los clubes deportivos de Londres. Al examinar sus libros se encontró que había registrado apuestas por la cantidad de cinco mil libras contra el favorito. Al ser detenido, declaró voluntariamente que había venido a Dartmoor con la esperanza de obtener alguna información sobre los caballos de King's Pyland, y también sobre Desborough, el segundo favorito, que está al cuidado de Silas Brown en las cuadras de Mapleton. No intentó negar que la noche anterior había actuado como describían, pero declaró que no había ningún propósito siniestro y que simplemente deseaba obtener información de primera mano. Cuando le mostraron el

fular palideció y fue completamente incapaz de explicar su presencia en manos del hombre asesinado. Su ropa mojada mostraba que había pasado la noche bajo la tormenta, y su bastón, que se conoce como abogado de Penang, lastrado con plomo, era el tipo de arma que podría infligir, mediante golpes repetidos, las terribles heridas por las que el entrenador había sucumbido. Por otro lado, no había ninguna herida en esta persona mientras que el estado del cuchillo de Straker indicaba que, al menos uno de los asaltantes, debía estar marcado por él. Esto es todo en pocas palabras, Watson, y si pudiera iluminarme un poco le estaría infinitamente agradecido.

Yo había escuchado con el máximo interés la exposición que Holmes, con su claridad característica, me había presentado. Aunque la mayoría de los hechos me resultaban familiares, no había apreciado lo suficiente su relativa importancia, ni los había relacionado unos con otros.

—¿No es posible que la herida de Straker se la causara él con su propio cuchillo durante las convulsiones que siguen a una lesión cerebral? —sugerí.

—Más que posible, es probable —dijo Holmes—. En ese caso desaparece uno de los principales puntos a favor del acusado.

—Y sin embargo —dije—, aún no llego a comprender cuál es la teoría de la policía.

—Me temo que cualquier teoría que presentemos ofrecerá serias objeciones —contestó mi compañero—. Supongo que la policía imagina que este Fitzroy Simpson, después de drogar al mozo y de haber conseguido de algún modo un duplicado de las llaves, abrió la puerta de la cuadra y sacó al caballo con intención, al pare-

cer, de secuestrarlo. Falta la brida, por tanto Simpson debió ponérsela. Entonces, dejando abierta la puerta tras él, llevó al caballo a través del páramo hasta que se encontró con el entrenador o este le alcanzó. Como era natural, siguió una discusión. Simpson golpeó la cabeza del entrenador con su pesado bastón sin recibir herida alguna del pequeño cuchillo que usaba Straker para defenderse, y después, o bien el ladrón llevó al caballo a algún lugar oculto o tal vez el caballo salió de estampida durante la pelea y ahora vaga por el páramo. Así es como ve el caso la policía, e, improbable como es, todas las demás explicaciones son más improbables todavía. Sin embargo, en cuanto lleguemos al lugar, analizaré el asunto de inmediato y, hasta entonces, no veo cómo podemos avanzar desde nuestra posición actual.

Era ya por la tarde cuando llegamos a la pequeña ciudad de Tavistock, que se encuentra, como el tachón de un escudo, en el centro del enorme círculo de Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación, uno era alto y rubio, con cabello leonino y unos penetrantes ojos azules; el otro era bajo y despierto, muy pulcro y aseado, vestía levita y polainas, patillas recortadas y un monóculo. Este último era el coronel Ross, deportista conocido; el otro, el inspector Gregory, era un hombre que estaba haciéndose un nombre rápidamente en el servicio de detectives inglés.

—Me alegro de que haya venido, señor Holmes —dijo el coronel—. El inspector, aquí presente, ha hecho todo lo posible pero no voy a dejar una piedra sin mover por intentar vengar al pobre Straker y recuperar mi caballo.

—¿No ha habido ninguna novedad? —preguntó Holmes.

—Lamento decir que hemos avanzado muy poco —dijo el inspector—. Afuera nos espera un carruaje abierto y, puesto que sin duda le gustaría ver el lugar antes de que se haga de noche, podemos hablar de ello por el camino.

Un minuto más tarde estábamos sentados en un confortable landó que traqueteaba por la antigua y pintoresca ciudad de Devonshire. El inspector Gregory estaba muy implicado en el caso y vertió sobre nosotros un torrente de comentarios, mientras Holmes lanzaba alguna pregunta o interjección de vez en cuando. El coronel Ross iba recostado, con los brazos cruzados y el sombrero sobre los ojos, mientras yo escuchaba con interés la conversación entre los dos detectives. Gregory estaba formulando su teoría, que coincidía casi exactamente con la que Holmes había anticipado en el tren.

—La red se está cerrando sobre Fitzroy Simpson —comentó—, y yo mismo pienso que es nuestro hombre. Y a la vez reconozco que la evidencia es puramente circunstancial, y que puede alterarse con algún nuevo hallazgo.

—¿Qué me dice del cuchillo de Straker?

—Hemos llegado casi a la conclusión de que se hirió a sí mismo al caer.

—Mi amigo el doctor Watson me sugirió eso mismo mientras veníamos. Si es así, perjudicaría a Simpson.

—Sin duda. Él no llevaba cuchillo ni presentaba ninguna herida. Las pruebas contra él son realmente convincentes. Estaba muy interesado en que desapareciera el favorito. Es sospechoso de haber envenenado al mozo del establo, sin duda estuvo a la intemperie du-



rante la tormenta, iba armado con un bastón pesado y su fular se encontró en la mano del asesinado. Sinceramente creo que tenemos suficiente para llevarle ante la justicia.

Holmes negó con la cabeza.

—Un abogado defensor astuto lo echaría todo por tierra —dijo—. ¿Por qué iba a sacar el caballo de la cuadra? Si deseaba causarle daño, ¿por qué no se lo hizo allí? ¿Se ha encontrado un duplicado de la llave entre sus pertenencias? ¿Qué botica le vendió el polvo de opio? Y, sobre todo, ¿dónde escondería un caballo alguien que no conoce la zona, y un caballo como este? ¿Qué explicación le ha dado sobre el papel que deseaba que la criada le entregara al mozo?

—Dice que era un billete de diez libras. Se encontró uno en su billetero. Pero sus otras dificultades no son tan terribles como parecen. No es un extraño en la zona. Dos veces se ha alojado en Tavistock durante el verano. El opio lo trajo de Londres probablemente. La llave, después de haber servido a su propósito, la habría tirado en cualquier parte. Puede que el caballo se encuentre en el fondo de una de las canteras o de las viejas minas del páramo.

—¿Qué opina del fular?

—Reconoció que era suyo y declara que lo había perdido. Pero ha aparecido un nuevo elemento en el caso que tal vez explique por qué se llevó el caballo de la cuadra.

Holmes aguzó el oído.

—Hemos encontrado huellas que muestran que un grupo de gitanos acampó el lunes por la noche a una milla del lugar donde tuvo lugar el asesinato. El martes se habían marchado. Ahora bien, suponiendo que hu-

biera algún entendimiento entre Simpson y los gitanos, ¿no podría haberle alcanzado cuando les llevaba el caballo y que ahora lo tengan ellos?

—Ciertamente, entra dentro de lo posible.

—Se está peinando el páramo en busca de esos gitanos. También he examinado cada cuadra y cobertizo de Tavistock en un radio de diez millas.

—Tengo entendido que hay otra cuadra de entrenamiento cerca.

—Sí, y ese es un factor que no debemos descuidar en absoluto. Puesto que su caballo Desborough era el segundo en las apuestas, les interesaría la desaparición del favorito. Se sabe que Silas Brown, el entrenador, ha realizado cuantiosas apuestas para el evento y que no era amigo del pobre Straker. Sin embargo, hemos examinado las cuadras y no hay nada que le relacione con el caso.

—¿Y nada que relacione a este hombre, Simpson, con los intereses de la cuadra de Mapleton?

—Nada en absoluto.

Holmes se reclinó en su asiento y cesó la conversación. Unos minutos más tarde, nuestro cochero se detuvo al lado de una casita preciosa de ladrillo rojo con aleros voladizos que se encontraba junto a la carretera. A cierta distancia, cruzando el prado, había un cobertizo alargado con tejado gris. En cualquier otra dirección, las suaves ondulaciones del páramo, de color bronce por los helechos que se marchitaban, se extendían hasta el horizonte, interrumpidas únicamente por las torres de Tavistock y por un grupo de casas hacia el oeste que indicaban la situación de las cuadras Mapleton. Todos bajamos de un salto, a excepción de Holmes, que continuaba reclinado con los ojos fijos en el cielo,

completamente absorto en sus pensamientos. Solo cuando le toqué el brazo se incorporó sobresaltado y bajó del carruaje.

—Discúlpeme —dijo, volviéndose hacia el coronel Ross, que le miraba con cierta sorpresa—. Estaba soñando despierto.

Había un brillo en sus ojos y una agitación contenida en su actitud que, acostumbrado como estaba a su forma de ser, me convencieron de que tenía una pista en sus manos, aunque no podía imaginarme dónde la había encontrado.

—Tal vez preferiría ir enseguida a la escena del crimen, señor Holmes —dijo Gregory.

—Creo que preferiría quedarme aquí un poco más y preguntar uno o dos detalles. Supongo que Straker fue traído aquí.

—Sí. Está en el piso de arriba. Mañana se inicia la investigación judicial.

—Ha estado a su servicio varios años, ¿verdad, coronel Ross?

—Siempre le he encontrado un empleado excelente.

—Imagino que hizo usted un inventario de lo que llevaba en los bolsillos en el momento de su muerte, inspector.

—Tengo sus cosas en la sala de estar, si desea verlas.

—Me encantaría.

Entramos en fila en la habitación delantera y nos fuimos sentando alrededor de la mesa central mientras el inspector abría con la llave una caja cuadrada de metal y colocaba ante nosotros un pequeño montón de cosas. Había una caja de cerillas, dos cabos de vela, una pipa A.D.P. de madera de brezo, una petaca de piel de foca con media onza de tabaco Cavendish de hebra

larga, un reloj de plata con cadena de oro, cinco soberanos\* de oro, un estuche de aluminio para lapiceros, unos cuantos papeles y un cuchillo de mango de marfil con una hoja inflexible y muy delicada de la marca Weiss & Co., de Londres.

—Es un cuchillo muy curioso —dijo Holmes, levantándolo y examinándolo con minuciosidad—. Supongo, por las manchas de sangre que veo, que es el que se encontró en manos del fallecido. Watson, seguro que este cuchillo pertenece a su profesión.

—Es un cuchillo para operar cataratas —dije yo.

—Eso pensaba. Una hoja muy delicada concebida para un trabajo muy delicado. Algo extraño que lo llevara encima un hombre en una expedición improvisada, especialmente porque no se puede guardar cerrado en el bolsillo.

—La punta estaba protegida con un disco de corcho que fue encontrado al lado del cadáver —dijo el inspector—. Su esposa nos dijo que el cuchillo se encontraba encima del tocador y que él lo había cogido al salir de la habitación. Era un arma mala, pero quizá la mejor que pudo encontrar a mano en ese momento.

—Muy posible. ¿Y qué hay de los papeles?

—Tres de ellos son facturas de proveedores de

\* Moneda de oro del Reino Unido. Fue acuñada por primera vez en 1489 por encargo de Enrique VII. Representaba al rey en el anverso, y una rosa (símbolo de los Tudor) y el escudo real en el reverso. Su versión moderna, cuyo reverso representa la mítica figura de San Jorge que mata al dragón, aparece en 1817. Originalmente era una moneda en circulación aceptada tanto en el Reino Unido como en otras partes del mundo, y desde 1979 se ha convertido en una moneda de inversión y de colección. (*N. de la E.*)

heno, con recibos. Otra es una carta con instrucciones del coronel Ross. Esta otra es una factura de una modista por importe de treinta y siete libras con quince, firmada por madame Lesurier, de Bond Street, a nombre de William Derbyshire. La señora Straker dice que Derbyshire era amigo de su marido y que de vez en cuando recibían cartas suyas en esta dirección.

—Madame Derbyshire tiene gustos un poco caros —comentó Holmes, echando un vistazo a la factura—. Veintidós guineas es bastante por un solo vestido. No obstante, parece que no hay nada más que ver aquí, así que podemos ir ahora a la escena del crimen.

Cuando salíamos de la sala de estar, una mujer que había estado esperando en el pasillo dio un paso hacia nosotros y puso su mano sobre el brazo del inspector. Su rostro estaba demacrado, delgado y ojeroso, marcado por la reciente tragedia.

—¿Ya los tiene? ¿Los ha encontrado? —dijo jadeando.

—No, señora Straker. Pero el señor Holmes, aquí presente, ha venido desde Londres para ayudarnos en todo lo posible.

—¿No coincidimos en Plymouth hace poco, en una fiesta al aire libre, señora Straker? —preguntó Holmes.

—No, señor. Se equivoca.

—¡Vaya por Dios! Pues lo hubiese jurado. Usted llevaba puesto un vestido de seda de color gris perla con un ribete de plumas de avestruz.

—Nunca he tenido un vestido como ese, señor —respondió la dama.

—¡Ah! Entonces, aclarado —dijo Holmes. Y con una disculpa siguió al inspector hasta el exterior.

Un corto paseo por el páramo nos llevó a la pequeña hondonada en la que había encontrado el cadáver. En el borde se encontraban las aliagas donde había quedado colgado el impermeable.

—Según tengo entendido, no hacía viento esa noche.

—No, pero llovía a cántaros.

—En ese caso el impermeable no voló hasta las aliagas, sino que lo dejaron allí.

—Sí, estaba extendido sobre el arbusto.

—Ha despertado usted mi interés, aprecio que el terreno está lleno de huellas. Sin lugar a dudas, muchos pies han pasado por aquí desde el lunes por la noche.

—Se ha colocado una estera a un lado y ninguno de nosotros hemos pisado fuera de ella.

—Excelente.

—En esta bolsa tengo una de las botas que llevaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy y una herradura de Estrella de Plata.

—Mi querido inspector, ¡usted se supera a sí mismo! —Holmes cogió la bolsa y, bajando a la hondonada, colocó la estera en una posición más centrada. A continuación, estirándose boca abajo y con las manos apoyadas en la barbilla, realizó un minucioso estudio del barro pisoteado que tenía delante.

—¡Eh! —dijo de repente—. ¿Qué es esto?

Era una cerilla de cera a medio quemar que estaba tan cubierta de barro que, a primera vista, parecía una pequeña astilla de madera.

—No puedo creer que se nos pasara por alto —dijo el inspector, con expresión de fastidio.

—Era invisible, estaba enterrada en el barro. Yo la he visto porque la estaba buscando.

—¿Qué? ¿Esperaba encontrarla?

—He pensado que no era improbable.

Sacó las botas de la bolsa y comparó las suelas de cada una de ellas con las marcas que había en el terreno. Luego trepó hasta el borde de la hondonada y gateó entre los helechos y arbustos.

—Me temo que no hay más pistas —dijo el inspector—. He examinado el terreno minuciosamente en cien yardas a la redonda.

—Efectivamente —dijo Holmes levantándose—. Yo no debería haber tenido la impertinencia de hacerlo de nuevo después de decírmelo usted. Pero me gustaría dar un pequeño paseo por el páramo hasta que anochezca, para conocer mejor el terreno mañana, y creo que me meteré esta herradura en el bolsillo para que me dé suerte.

El coronel Ross, que había mostrado signos de impaciencia ante el método de trabajo tranquilo y sistemático de mi compañero, echó un vistazo a su reloj.

—Desearía que volviese conmigo, inspector —dijo—. Hay varios detalles sobre los que me gustaría que me aconsejara, especialmente sobre si no le debemos al público el retirar el nombre del caballo de la lista de inscripciones para la Copa.

—Desde luego que no —exclamó Holmes con decisión—. Yo dejaría el nombre inscrito.

El coronel inclinó la cabeza.

—Me alegro de contar con su opinión, señor —dijo—. Nos encontraremos en la casa del pobre Straker cuando hayan terminado su paseo, y podremos regresar juntos a Tavistock.

Se marchó con el inspector mientras Holmes y yo

caminamos lentamente por el páramo. El sol empezaba a ocultarse por detrás de las cuadras de Mapleton y la amplia llanura en pendiente que se extendía ante nosotros se teñía de color dorado, que se hacía más intenso adquiriendo un rico tono marrón rojizo donde los helechos marchitos y zarzales atrapaban la luz del atardecer. Pero el esplendor del paisaje no merecía la pena para mi compañero, que iba sumido en profundos pensamientos.

—Es por aquí, Watson —dijo al fin—. Debemos dejar a un lado por un instante la cuestión de quién mató a John Straker y concentrarnos en descubrir qué ha pasado con el caballo. Bien, suponiendo que el caballo escapara durante o después de la tragedia, ¿dónde podría haber ido? El caballo es una criatura gregaria. Abandonado a sus instintos, hubiera regresado a King's Pyland o se habría dirigido a Mapleton. ¿Por qué iba a correr salvaje por el páramo? Seguramente alguien lo habría visto ya. ¿Y por qué iban a secuestrarlo los gitanos? Esta gente siempre desaparece cuando se enteran de que hay problemas porque no desean que los moleste la policía. No podrían esperar vender un caballo como ese. Correrían un gran riesgo y no ganarían nada llevándoselo. Eso está muy claro.

—Entonces, ¿dónde está?

—Ya he dicho que debe de haber ido a King's Pyland o a Mapleton. No está en King's Pyland, por tanto tiene que estar en Mapleton. Vamos a trabajar con esa hipótesis y veremos adónde nos lleva. Esta parte del páramo, como ha comentado el inspector, es muy dura y seca, pero baja en pendiente hacia Mapleton y usted puede ver desde aquí que a lo lejos hay una hondonada alargada que tuvo que haber estado muy húme-



da la noche del lunes. Si nuestra suposición es correcta, entonces el caballo debió cruzarla y ese es el punto donde buscaremos sus huellas.

Habíamos ido caminando a buen paso durante nuestra conversación, y a los pocos minutos ya estábamos en la hondonada en cuestión. A petición de Holmes, yo bajaba por el margen derecho y él por el izquierdo, pero no habíamos dado ni cincuenta pasos cuando le oí dar un grito y le vi haciéndome señas con la mano. El rastro de un caballo se distinguía perfectamente en el terreno blando que tenía delante, y la herradura que sacó de su bolsillo coincidía exactamente con las huellas.

—Observe el valor de la imaginación —dijo Holmes—. Es la cualidad que le falta a Gregory. Nosotros imaginamos lo que podría haber sucedido, actuamos sobre esa suposición y nos vemos recompensados. Prosigamos.

Cruzamos el fondo pantanoso y atravesamos un cuarto de milla de hierba seca y dura. De nuevo el terreno descendía y de nuevo encontramos el rastro. Después lo perdimos durante media milla, pero solo para recuperarlo de nuevo muy cerca de Mapleton. Fue Holmes el que las vio primero, y se quedó de pie observándolas con expresión de triunfo. Las huellas de un hombre eran visibles junto a las del caballo.

—El caballo vino solo hasta aquí —comenté.

—Cierto. El caballo venía solo. Vaya, ¿qué es esto?

El rastro doble giraba bruscamente y se dirigía a King's Pyland. Holmes silbó y ambos seguimos adelante. Sus ojos seguían el rastro, pero sucedió que yo desvié la vista hacia un lado y vi, para mi sorpresa, que

las mismas huellas regresaban de nuevo en dirección opuesta.

—Apúntese un tanto, Watson —dijo Holmes cuando se lo indiqué—. Nos ha ahorrado un largo paseo que nos hubiera traído de vuelta sobre nuestros pasos. Sigamos el rastro de regreso.

No llegamos muy lejos. Terminaba en el camino asfaltado que lleva a las verjas de las cuadras de Mapleton. Cuando nos acercábamos, un mozo de cuadra salió corriendo por ellas.

—No queremos merodeadores por aquí —dijo.

—Solo deseo hacer una pregunta —dijo Holmes, con el índice y el pulgar metidos en el bolsillo de su chaleco—. ¿Sería demasiado temprano para su patrón, el señor Silas Brown, si venimos a verle mañana a las cinco de la mañana?

—Válgame Dios, señor, si hay alguien será él, porque siempre es el primero en despertarse. Pero aquí está, señor, y contestará a sus preguntas él mismo. No, señor, no. Está en juego mi puesto si ve que toco su dinero. Más tarde, si lo desea.

Mientras Sherlock Holmes se metía la media corona de nuevo en el bolsillo, un hombre mayor, de aspecto feroz, salió dando zancadas por la verja con un látigo de caza en la mano.

—¿Qué significa esto, Dawson? —preguntó—. ¡Nada de chismorreos! ¡Ocúpate de tus asuntos! Y ustedes, ¿qué demonios quieren?

—Hablar con usted diez minutos, mi buen señor —dijo Holmes con voz muy dulce.

—No tengo tiempo para todos los zascandiles. No queremos extraños aquí. Lárguense o se encontrarán con un perro en los talones.

Holmes se inclinó hacia delante y susurró algo al oído del entrenador. Este se sobresaltó con violencia y se sonrojó hasta las sienes.

—¡Es mentira! —gritó—. ¡Una vil mentira!

—Muy bien. Podemos discutirlo aquí en público o hablar sobre ello en su salón.

—Oh, entren si lo desean.

Holmes sonrió.

—No le haré esperar más de unos minutos, Watson —dijo—. Ahora, señor Brown, estoy a su disposición.

Pasaron unos veinte minutos, y los tonos rojizos se habían convertido en grises cuando Holmes y el entrenador reaparecieron. Nunca he visto un cambio de actitud tan grande como el que se había producido en Silas Brown en tan poco tiempo. Su rostro estaba pálido como la ceniza, gotas de sudor brillaban en su frente y sus manos temblaban hasta el punto de que el látigo se agitaba como una rama mecida por el viento. Su actitud intimidatoria y despótica había desaparecido y se encogía al lado de mi compañero como un perro haría con su amo.

—Se seguirán sus instrucciones. Lo haremos todo según nos ha indicado —dijo.

—No deben cometerse errores —dijo Holmes mirando a su alrededor.

El otro parpadeó al advertir la amenaza en sus ojos.

—Oh, no, no se cometerá ningún error. Yo estaré allí. ¿Debo cambiarlo primero o no?

Holmes pensó durante un momento y entonces rompió a reír.

—No, no lo haga —dijo—, le escribiré sobre ello. Ahora nada de trucos o...

—¡Puede usted confiar en mí! ¡Puede confiar en mí!

—Sí, creo que puedo. Bueno, tendrá noticias más mañana. —Giró sobre sus talones despreciando la temblorosa mano que el otro le había tendido y partimos hacia King's Pyland.

—Rara vez he conocido una mezcla más perfecta de matón, cobarde y chivato que este maestro Silas Brown —comentó Holmes mientras caminábamos con fatiga.

—Entonces, ¿tiene el caballo?

—Ha intentado negarlo con bravuconadas, pero le he descrito con tal exactitud cómo había actuado esa mañana que el hombre estaba convencido de que le había estado observando. Por supuesto, usted se habrá dado cuenta de las punteras cuadradas en las huellas, y de que sus botas corresponden exactamente con ellas. De todos modos, el empleado no se hubiera atrevido a hacer algo así. Le he descrito cómo, cuando de acuerdo con su costumbre se levantó el primero al alba, vio un caballo desconocido vagando por el páramo; cómo había salido a por él, y su asombro al reconocerlo por la frente blanca que le dio nombre al favorito; cómo la casualidad había puesto en sus manos al único caballo que podría vencer al caballo por el que había apostado su dinero. Entonces le he descrito cómo su primer impulso había sido llevarlo de vuelta a King's Pyland, y cómo el diablo le había tentado a esconder al caballo hasta que la carrera terminara, y cómo lo había llevado de vuelta para esconderlo en Mapleton. Cuando le he contado todos los detalles se ha rendido y ya solo piensa en salvar su pellejo.

—Pero ¿no habían registrado sus cuadras?

—Oh, un experimentado falsificador de caballos como él tiene muchos trucos.

—¿Y no teme dejar el caballo en su poder ahora, cuando tiene tanto interés en hacerle daño?

—Mi querido amigo, lo cuidará como si fuera la niña de sus ojos. Sabe que su única esperanza de conseguir clemencia es que lo entregue sano y salvo.

—En cualquier caso, no me ha dado la impresión de que el coronel Ross sea un hombre dado a mostrar mucha clemencia.

—El asunto no depende del coronel Ross. Sigo mis propios métodos y cuento lo que me parece, sea mucho o poco. Esa es la ventaja de trabajar extraoficialmente. No sé si lo habrá observado, Watson, pero la actitud del coronel ha sido poco caballerosa hacia mí. Ahora me siento inclinado a divertirme un poco a su costa. No le diga nada del caballo.

—Desde luego que no, no sin su permiso.

—Y, por supuesto, esto es un detalle menor comparado con la cuestión de quién mató a John Straker.

—¿Y se dedicará a eso ahora?

—Al contrario, regresamos los dos a Londres en el tren de la noche.

Me quedé atónito ante las palabras de mi amigo. Solo habíamos estado unas horas en Devonshire, y que abandonara una investigación que había comenzado de forma tan brillante me resultaba completamente incomprensible. Ni una palabra conseguí sacarle hasta que regresamos a la casa del entrenador. El coronel y el inspector estaban esperándonos en el salón.

—Mi amigo y yo regresamos a la ciudad en el expreso de medianoche —dijo Holmes—. Hemos podido

respirar un poco el encantador aire de la hermosa Dartmoor.

El inspector abrió los ojos y el labio del coronel se torció en una mueca.

—O sea que pierde la esperanza de arrestar al asesino del pobre Straker —dijo.

Holmes se encogió de hombros.

—En realidad, existen serias dificultades en la investigación —dijo—. Sin embargo, espero que su caballo esté en la salida el martes y le ruego que tenga a su jinete preparado. ¿Podría pedirle una fotografía del señor John Straker?

El inspector sacó una de un sobre y se la entregó.

—Estimado Gregory, se anticipa a mis deseos. Si pudiera pedirle que esperara aquí un momento, hay una pregunta que me gustaría hacerle a la criada.

—Debo decir que me ha decepcionado bastante su asesor de Londres —dijo el coronel Ross sin rodeos cuando mi amigo salió de la habitación—. No veo que hayamos avanzado desde que ha llegado.

—Al menos le ha asegurado que su caballo correrá —dije yo.

—Sí, tengo su seguridad —dijo el coronel encogiéndose de hombros— pero preferiría tener el caballo.

Estaba a punto de replicar en defensa de mi amigo cuando este entró de nuevo en la habitación.

—Ahora, caballeros —dijo—, estoy preparado para ir a Tavistock.

Mientras subíamos al carruaje, uno de los mozos de cuadra mantenía la puerta abierta para nosotros. Una idea repentina pareció ocurrírsele a Holmes, porque se inclinó hacia el mozo y le tocó la manga.